



REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA CAMARA DE SENADORES

SEGUNDO PERIODO ORDINARIO DE LA XLI LEGISLATURA

31ª SESION ORDINARIA-EXTRAORDINARIA

PRESIDE: EL SEÑOR SENADOR DON EDUARDO PAZ AGUIRRE
(1er. VICEPRESIDENTE)

ACTUAN EN SECRETARIA EL TITULAR DON MARIO FARACHIO Y EL PROSECRETARIO
DOCTOR MANUEL MARIA DE LA BANDERA

SUMARIO

- Texto de la citación. (1)
- Asistencia. (2)
- Solicitud de sesión. (3)
 - La formulan varios señores senadores para considerar los asuntos que en el pedido se mencionan.
 - Se resuelve realizar sesión.
- Planteamiento político. (4)
 - Intervención de varios señores senadores.
- Se levanta la sesión. (5)
 - (Es la hora 1 y 40 minutos del día 27.)

1

(Texto de la Citación:)

"Montevideo, 26 de junio de 1973.

La Cámara de Senadores se reunirá en sesión extraordinaria, hoy martes 26, a las 22 y 30 horas, a pedido de varios señores senadores que la solicitan, a fin de informarse de los asuntos entrados y considerar la siguiente:

ORDEN DEL DIA

- 1º Continúa la exposición del señor senador don Carlos Julio Pereyra, referente a "algunos aspectos de la política de Ancap".
 - Primera discusión general y particular de los siguientes proyectos de ley por los que:
- 2º Se aprueba el Convenio de Colaboración y Cooperación en el dominio de la Enseñanza, con la República

Socialista de Rumania. (Carp. 985/968. Repts. 149 y 149 bis/972)

- 3º Se aprueba el "Acuerdo sobre Turismo" entre Uruguay y España. (Carp. 1947/971. Rep. 302/973)
- 4º Se aprueba el "Tratado de Extradición" entre el Estado de Israel y la República Oriental del Uruguay. (Carp. 1150/969. Repts. 309, 278, 307, 310, 311 y 312/973)
- 5º Primera discusión general y particular del proyecto de resolución que autoriza el pase en comisión de un funcionario adscrito a la Vigilancia en el Presupuesto de la Comisión Administrativa del Poder Legislativo, a la Sección Contabilidad de dicha Comisión. (Carp. 670. Rep. 352)
 - Primera discusión general y particular de los siguientes proyectos de decreto por los que se concede:
- 6º Venia al Poder Ejecutivo para destituir:
 - a) Oficial 2do. de la Dirección General de Institutos Penales. (El plazo constitucional vence el 26 de junio de 1973). (Carp. 633. Rep. 285)

- b) Sobrestante de Ira., presupuestado, del Instituto Nacional de Viviendas Económicas. (El plazo constitucional vence el 5 de julio de 1973). (Carp. 652. Rep. 198)
- c) Medio Oficial Taller, presupuestado, de la Administración de las Obras Sanitarias del Estado. (El plazo constitucional vence el 5 de julio de 1973). (Carp. 653. Rep. 197)
- ch) Funcionario de la Dirección General de Telecomunicaciones. (El plazo constitucional vence el 12 de julio de 1973). (Carp. 242/972. Rep. 199/973)

LOS SECRETARIOS

2

Asisten, los señores senadores Costanzo, Ferreira Aldunate, Grauert, Hierro Gambardella, Jaso Anchorena, Mederos, Ortiz, Paz Aguirre, Pereyra, Plá Rodríguez, Rodríguez Camusso, Rodríguez, Santoro, Vasconcellos, Vaz y Zabalza.

Faltan:

Con licencia, los señores senadores Beltrán, Heber, Rath y Terra.

Con aviso, el señor Presidente don Jorge Sapelli.

Sin aviso, los señores senadores Barbot Pou, Capeche, Caputi, Carrere Sapriza, Carresse, Echegoyen, Erro, Jude, Machado Brum, Michelini, Montaner, Singer y Zorrilla de San Martín.

3

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Está abierto el acto.

(Es la hora 0 y 25 minutos.)

—Dese cuenta de una solicitud de sesión.

(Se da de la siguiente.)

“Varios señores senadores solicitan se cite al Cuerpo para el día de hoy, a fin de considerar los asuntos que en el mismo pedido se mencionan”.

Incorpórese a la versión taquigráfica.

(Texto de la solicitud:)

“Montevideo, 26 de junio de 1973.

Señor Presidente de la Cámara de Senadores,

Dn. Jorge Sapelli.

Presente.

Los senadores que suscriben solicitan del señor Presidente se sirva disponer citar al Cuerpo, para el día de hoy, a fin de considerar la orden del día N° 37, a la hora 22 y 30.

Saludan al señor Presidente con la mayor consideración.

A. Fco. Rodríguez Camusso, Dardo Ortiz, Carlos J. Pereyra, J. Jaso Anchorena, A. Vasconcellos, W. Ferreira Aldunate, Alembert Vaz, Eduardo Paz Aguirre, Enrique Rodríguez, Senadores”.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Se va a votar si el Cuerpo desea celebrar sesión.

Los señores senadores por la afirmativa sirvanse indicarlo.

(Se vota:)

—16 en 16, Afirmativa. UNANIMIDAD.

4

Tiene la palabra el señor senador Pereyra para referirse al numeral 1° de la orden del día.

SEÑOR FERREIRA ALDUNATE. — ¿Me permite una interrupción, señor senador?

SEÑOR PEREYRA. — Con mucho gusto.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Puede interrumpir el señor senador Ferreira Aldunate.

SEÑOR FERREIRA ALDUNATE. — Señor Presidente: a lo largo de todo el día de hoy, circularon persistentes rumores, que luego terminaron transformándose casi en noticia, según los cuales estaría a punto de culminar —si es que no ha culminado ya— un triste proceso que finalizaría con la violación, por parte de Juan María Bordaberry, de sus juramentos constitucionales y un asalto a las instituciones y a las libertades públicas. Si eso llegara a confirmarse, como muchos tememos que ocurra, habría que decir —como es corriente en estos casos— que a Bordaberry y a sus cómplices los juzgará la Historia. Y esto es verdad. Pero debe agregarse que antes, éste, nuestro pueblo oriental de hoy, va a exigir su responsabilidad y a hacerla efectiva contra los culpables del atentado y sus cómplices.

Si ello llegara a confirmarse, señor Presidente, nuestro Partido Nacional se considerará en guerra contra el señor Juan María Bordaberry, enemigo de su pueblo.

Los señores senadores me permitirán que yo, a pesar de que la hora exige emprender la restauración republicana como una gran empresa nacional, haga una invocación que me resulta ineludible a la emoción más intensa que dentro de nuestra alma allenta, y perdonarán que yo, antes de retirarme de Sala, arroje al rostro de los autores de este atentado, el nombre de su más radical e irreconciliable enemigo que será, no tengan la menor duda, el vengador de la República: ¡el Partido Nacional! ¡Viva el Partido Nacional!

(Muy bien.)

(Aplausos en la Barra.)

SEÑOR HIERRO GAMBARDELLA. — ¿Me permite una interrupción, señor senador?

SEÑOR PEREYRA. — Con mucho gusto.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Puede interrumpir el señor senador Hierro Gambardella.

SEÑOR HIERRO GAMBARDELLA. — Señor Presidente: el sector del Partido Nacional ha invocado, por razones que respeto, sus antecedentes para esta hora de lucha. Yo, que inicié mi vida cívica luchando contra una dictadura y quizá la concluya esta noche luchando contra otra, invoco a Baltasar Brum...

SEÑOR FERREIRA ALDUNATE. — Muy bien.

(Aplausos en la Barra.)

SEÑOR HIERRO GAMBARDELLA. — ...y arrojé a la sombra cobarde de los tiranos la imagen siempre luminosa de Baltasar Brum como nuestro compromiso con la historia de la Nación, como nuestro mandato, como nuestras ganas de vivir y de morir.

Hemos luchado, durante 40 años, alentados por aquella imagen gloriosa, y sentimos, en esta noche histórica

por tantas razones y tan profunda para nuestra emoción, que desde la sombra de la historia él se levanta y con él se levantan nuestras mejores fuerzas, lo más grande de la Nación resumido en su sacrificio y en su voluntad de lucha.

También le decimos, a quien quiera ser tirano, que sobre su sombra ignominiosa estará siempre la sangre y la luz de Brum, nuestra lucha, nuestro combate y la decisión de defender las libertades con nuestra vida, con nuestra sangre y con nuestra muerte, si ello fuera necesario.

Muchas gracias.

(Aplausos prolongados.)

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Continúa en el uso de la palabra el señor senador Pereyra.

SEÑOR PEREYRA. — Antes de conceder interrupciones a los señores senadores que me las han solicitado, quisiera decir breves palabras.

Señor Presidente: la República ha pasado por sombras como las de esta noche; pero como en esta hora, también, ha habido quienes, adelantándose a los hechos, con una visión de porvenir, aseguraron: "Pronto en este recinto volverán a levantarse las voces de los hombres libres".

Creo que la libertad es tan eterna como el hombre y tan inmortal como las conquistas espirituales que el hombre ha conseguido a través de toda su evolución. En consecuencia, quiero señalar mi profunda fe en el pleno resurgimiento de las libertades públicas, porque el pueblo uruguayo no sabe vivir sin ellas. Nuestro pueblo tiene un viejo pacto firmado, indisoluble, con la libertad, que arranca de los días tristes de 1811, y que se ha afirmado a través de nuestras luchas cívicas y que es inmortal. Por ello no podrá apagar la luz de la libertad, ninguno de los tiranos o aspirantes a tiranos que esta noche están tramando la muerte de la República. Ella no morirá.

(Muy bien.)

(Aplausos prolongados.)

—Le concedo una interrupción al señor senador Zabalza.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Puede interrumpir el señor senador Zabalza.

SEÑOR ZABALZA. — Señor Presidente: el padre putativo de este mensajero que hoy se luce con una balandronada, se llama Juan José Gari. Lo conozco desde sus comienzos en política. Recuerdo que, cuando ingresara al Consejo Nacional de Gobierno, me invitó a su casa, que hasta ese momento alquilaba en Punta del Este. Luego la adquirió. No pude saber el valor de una finca tan fastuosa. El no sabía rendir cuentas. La había comprado a la firma Cantegril S. A. A los 3 meses tuve la explicación del precio: en la Rendición de Cuentas, la primera que tenía que realizar el Partido Nacional, —que en este siglo llegaba al gobierno— figuraba la concesión de la ruleta y otros juegos a la firma Cantegril.

Esto me lo advirtió en el Consejo Nacional de Gobierno, el Ministro de Instrucción Pública de entonces, doctor Pons Echeverry, para honor de él y de su Partido.

Poco después seguí viendo maniobras del mismo estilo, prohibidas por el señor Juan José Gari. Al respecto, recuerdo mis denuncias formuladas ante la Dirección de Ganancias Elevadas. En dicha oficina fueron amparados expedientes por sumas millonarias, que en mi despacho tenían más de tres metros de altura, eliminándolos de toda sanción por influencia de este señor. No se piensen que esto lo digo ahora acá, porque ya se lo expresé personalmente a él cuando ejercía la Presidencia del Banco Hipotecario, durante tres horas seguidas.

Por eso, Gari, que no estuvo en febrero está ahora en junio y es el ángel tutelar de este régimen. Paso a los que serán vencidos mañana; yo sigo con el Partido Nacional, cuya base programática proclamada en la Barraca Irigaray en 1872, establecía lo siguiente: el Partido Nacional defenderá y admitirá la coexistencia de los Partidos en la República, buscando su influencia y preponderancia, por los medios legales para dirigir los destinos del país.

Soy también consecuente con lo que decía el doctor Martín Echegoyen en la Convención del Partido Nacional del 24 de agosto de 1951, cuando criticaba la Constitución anterior porque establecía una verdadera dictadura permitiendo, modificar, a través de Decretos del Poder Ejecutivo disposiciones y derogaciones de textos fundamentales establecidos por las leyes y la Constitución. Esto es lo que sigue anidando en nuestra alma, y lo digo con la más absoluta serenidad. Intervenimos en la vida pública, como todos los que estamos aquí presentes con sacrificio, y alentados por una labor patriótica. Pero, los que los van a vencer están también en las Barras y son las juventudes uruguayas.

Nada más.

Muchas gracias, señor senador.

(Muy bien. Muy bien. Aplausos en la Barra.)

SEÑOR VASCONCELLOS. — ¿Me permite, señor-Presidente?

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR VASCONCELLOS. — Señor Presidente: en primer término quiero efectuar una constancia de orden personal.

Desde la mañana de hoy, por distintos conductos, amigos nuestros de diferentes sectores de la actividad, nos hicieron llegar la versión de los acontecimientos que se estaban preparando y nos expresaron, además, que figurábamos en la listas de las personas, que una vez disuelto el Parlamento, seríamos detenidos.

Quiero decir, en esta sesión del Senado, que hago responsable, de hoy para siempre, a todos los que intervengan en esto, de la menor arbitrariedad que cometan contra mí. Nací en la frontera, y soy hombre que no olvida agravios y que sé devolverlos.

Sigo creyendo que el mejor elogio que alguien hizo a través de la historia a otro hombre, fue aquella frase de Manrique a su padre: "¡Qué amigo de sus amigos; qué enemigo de enemigos!" Y yo soy buen amigo de mis amigos, pero soy enemigo de mis enemigos. Que lo sepan en estos momentos en que puedo hablar, que desde hoy para siempre, el que cometa la menor arbitrariedad contra mí, tarde o temprano, va a tener que rendir cuenta de ello, a mí, o a quienes me sucedan.

Pasando a lo que importa, a lo que es trascendente, cosa curiosa es que quienes se ofendieron y se agraviaron hace poco tiempo porque dijéramos que estaban preparando en la sombra estos hechos que se están desencadenando contra el país, sin provenir de acciones judiciales, lleguen a este término de confirmación pública ante el país, la historia, América y todo el mundo de que todos aquellos motivos presentes de agravio, no eran otra cosa que la máscara con que pretendían tapar sus verdaderas intenciones. Digo esto, porque los hechos, mucho más elocuentes que las palabras, ahí están.

Hay triunfadores efímeros que las hojas del viento de la historia desparraman, y se olvidan hasta del odio de los pueblos. Ellos se sentirán vencedores, y muchos serviles y miserables se acercarán para decorar una situación momentánea, pero ya sentirán también el látigo de la historia sobre sus nombres y el de sus hijos, como una mancha indeleble por la inmensa traición que están cometiendo contra el Uruguay. Y de esto, señor Presidente, no los salvará absolutamente nadie; contra esto, nadie puede defenderse.

Así como hace un rato con el grito de su Partido contestaban otros hombres de sectores políticos diferentes, lanzo al país como un grito que es de paz, pero también es de guerra, el inmortal de: Viva Batlle, que debe estar siempre presente en la República.

(Muy bien. Muy bien.)

(Sostenidos aplausos en la Sala y en la Barra.)

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO. — Pido la palabra.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR RODRIGUEZ CAMUSSO. — Señor Presidente: hace cinco años, mes más o menos, en el Uruguay, en su proceso político y en su desenvolvimiento histórico se produjo un importante cambio. Valores tradicionales, estilos cultivados por encima de concepciones políticas, fueron vil e injustificadamente pisoteados; se aplicaron Medidas Frontas de Seguridad que la Asamblea General, en uso de facultades constitucionales que nadie nunca sensatamente osó discutir, resolvió levantar y un Presidente de la República, que también ensució un juramento que pronunció por algo que, notoriamente, no tiene, desconoció aquel pronunciamiento. La Asamblea General de entonces no enfrentó aquella grosera violación de potestades institucionales indudables, como debió hacerlo, y a partir de entonces, gradualmente, con persistencia y con firmeza, el Uruguay vivió un proceso implacable y feroz de deterioros de todos los valores fundamentales de que, como orientales, por encima de ideologías, nos enorgullecemos. La tortura, la persecución alevosa, campearon, por sus fueros desde entonces, el alud de negociados y de ilícitos más repugnantes, y la explotación más atroz signaron, en lo fundamental, la conducción política del país. Incluso las irregularidades en el campo de las opciones electorales, antes y durante el desarrollo de la confrontación pública de opiniones, sentó sus reales en estas desgraciadas circunstancias nacionales. Lo de hoy, es un hecho repugnante, pero no imprevisto; lo de hoy, es un acontecimiento trascendente y significativo, pero no aislado, sino que entronca a la perfección en el marco de una situación lamentable que no tenemos absolutamente ningún derecho a ignorar o a limitar. Se pretende pisotear o vulnerar al Parlamento, en la misma medida y con el mismo espíritu con que se ha torturado, vejado, maltratado, calumniado y con que se ha asesinado.

Se pisotea el orden institucional desconociendo al Parlamento, como antes se desconoció y atacó la justicia. Se pretende intervenir o sustituir al Parlamento elegido por el pueblo como antes se vulneró de modo absolutamente injustificado y violando el ordenamiento institucional, todo lo que rige en materia de administración autónoma y descentralizada.

Todo ello, desde nuestro punto de vista, no respondiéndolo solamente al impulso canallesco o individual o al arte especializado de algún energúmeno ocasionalmente situado con poder en el país, sino respondiéndolo a claves inequívocas instaladas en el proceso político nacional. Esto no ocurre por casualidad ni de modo imprevisto; esto no ocurre en la última semana de junio aislado del quehacer nacional. Yo lo he dicho ya en mi audición radial y lo reitero aquí en el Parlamento.

Si salgo de mi casa a las 5 de la tarde y encuentro una persona en actitud sospechosa y con mirada torva observándola; si vuelvo a las 12 de la noche y la vuelvo a encontrar; y si al día siguiente, a distintas horas, me encuentro el mismo espectáculo, tengo el derecho de pensar que están observando nuestros movimientos y vigilando mi casa, para penetrar en ella a robarla. Esto se perpetra en el momento en que se está organizando el robo más colosal que se ha cometido contra el pueblo oriental a través del meter la mano de una rosca infecta e insoportable en los bolsillos del pueblo a través de la disminución incesante de la capacidad adquisitiva real de los sueldos, salarios, jubilaciones y pensiones. Esto no responde a impulsos individuales aislados; esto no es el fruto de un mecanismo fenomenal de un solo

ser, esto es el imperativo de una clase social, de los latifundistas que contrabandean, de la rosca frigorífica, de los que han amasado inmensas fortunas que han refugiado en las Bancas de Bahamas o de Suiza, esto está integrado en el mismo proceso del país, en función del cual se ha trabajado la ganancia del pueblo producida con su trabajo a los bolsillos considerablemente engrosados de una pequeña minoría que se beneficia con ellos. Cuando el negociado de esta rosca lo exigió, se tiraron por la borda todas las convenciones pregonadas y nunca por ellos sentidas, del patriotismo, de la democracia, de la libertad, de las garantías y de los valores humanos y derechos individuales.

Todo esto ha caído por el suelo, sin tapujos y sin pudores. Nosotros, naturalmente, creemos, alentamos y sostenemos las tradiciones nacionales. Tenemos un inmenso respeto por ellas. Entre esos valores tradicionales de nuestro país, incluidos y en término muy preferente, al Parlamento. No es por error ni por azar que al Parlamento se le ha pretendido hacer aparecer como el chivo emisario de las cosas peores que han pasado en el país. Este es un Parlamento que, en definitiva, refleja, políticamente, la misma tendencia y orientación del Poder Ejecutivo. Pero es un Parlamento en el que se discute, en el que se denuncia, en el que se esclarece y, en última instancia, un Parlamento en que existen condiciones que permiten contribuir a crear mayor conocimiento popular de las causas reales del proceso en el que estamos inmersos.

A esto temen; a esto tiene un miedo cerval la clase social que se sabe condenada por la historia. La que no tiene patria y tiene bolsillo, la que no tiene principios y tiene negocios. La que ayer escandalizó a la moral nacional, contrabandeando ganado por la frontera y hoy lo esconde trampeando y traicionando a un pueblo a costa de cuyo trabajo vive y se enriquece. Esta es la realidad a la que estamos enfrentados.

Queremos nuestra historia. Reposamos sobre ella, sentimos nuestra tradiciones, pero al mismo tiempo afirmamos como la carta fundamental e insustituible de la liberación futura, nuestra confianza en el pueblo; en un pueblo organizado y militante; en un pueblo al que no solamente llamemos a votar cada 5 años; en un pueblo que sepa, que discuta, que esté en la calle, que milita, que defina. En un pueblo oriental organizado, esclarecido, donde hay lugar para blancos y para batllistas, donde hay lugar para democristianos y marxistas, y para ciudadanos independientes; en un pueblo oriental que tiene que saber definitivamente que el problema de hoy no está planteado entre quienes prefieren históricamente a Saravia o quienes prefieren históricamente a Batlle. El problema de hoy no está planteado entre laicos y creyentes, no está siquiera planteado entre civiles y militares; está planteado entre un pueblo robado, pisoteado, escarnecido, que no encuentra qué comer, que no encuentra trabajo, cuya juventud emigra porque la rosca antipatria y ladrona le niega oportunidades de trabajo frente a esa pequeña, escarnecida y abyecta minoría que cree que con victorias como las que se anuncian, logrará esta noche conquistar un porvenir que, naturalmente, le está negado.

* Digo, señor Presidente, que más allá del acontecer inmediato, por trascendente que sea, nosotros sabemos que históricamente nuestro país saldrá adelante, porque tenemos fe insuperable en el protagonista insustituible de su destino, que es pueblo, consciente, organizado y militante y, porque confiamos en el pueblo, le decimos, hoy, a los rosqueros golpistas, a los motineros a quienes por ambición desenfrenada de poder, egoísmo y afán de mando, lo secundan, que sepan que, apoyados en un pueblo consciente, organizado, militante y sacrificado, junto al pueblo estaremos y de ahí no nos moverán.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador Ortiz.

SEÑOR ORTIZ. — Señor Presidente: naturalmente que nosotros, esta noche, sólo podemos decir algunas pocas palabras que son, indudablemente, débiles; inclu-

so, para algunos, podrán aparecer ridículas ante la fuerza con que nos vemos enfrentados.

Igualmente, nuestras personas físicas poco podrán hacer ante la prepotencia, porque, a la altura de la civilización política a que habíamos llegado, estábamos acostumbrados a entrenarnos en el oficio del patriotismo y del convencimiento por la razón y nunca pensamos que tendríamos que enfrentarnos a la fuerza bruta y a la prepotencia. Yo no sé si la historia de esta ignominia será corta o larga. Habrá quienes rodeen al nuevo poder como los cuervos que esperan alimentarse con nuestros despojos. Serán los mismos que los abandonarán como se abandona ya el barco en el momento en que lo crean a punto de hundirse.

De lo que sí tengo seguridad, señor Presidente, es de que cuando mi tránsito por este mundo haya terminado, mis hijos seguirán siendo los hijos de un hombre moral e intelectualmente honrado. Sé que quienes nos agobian hoy con su prepotencia y su cobardía, incapaces de vencernos con razones, dejarán sin duda una herencia materialmente cuantiosa, pero moralmente miserable. ¡Pobres de ellos!

SEÑOR HIERRO GAMBARELLA. — Muy bien.

(Muy bien. Muy bien.)

(Aplausos en la Barra.)

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador Santoro.

SEÑOR SANTORO. — Señor Presidente: durante todas estas horas llenas de informaciones tremendamente agobiantes para todo lo que signifique derecho y libertad, nosotros hemos sentido en nuestro espíritu una total y absoluta tranquilidad. No tenemos nada de qué arrepentirnos.

Elegimos un rumbo de militancia cívica sirviendo a nuestro Partido Nacional y sintiéndonos siempre conmovidos, desde los años de la infancia, por el vigor, por el ejemplo, por el ademán, por el coraje de Luis Alberto de Herrera. No hemos hecho otra cosa que servir a nuestro Partido y, con él, servir al país. Nunca nos interesó el beneficio material; jamás nos preocupó nuestro porvenir económico. Si tuvimos algún desvelo, fue por la suerte de nuestro país y de nuestro Partido.

En estos momentos, cuando se lanza esto sobre el Uruguay nuestro, sobre este Uruguay que no es de estos desmoteados que creen que, porque momentáneamente tienen algún poder, que, naturalmente, es espúreo, pueden constituirse en mentores, en orientadores o en gobernantes, nosotros decimos que la libertad y el amor a ella, el respeto hacia su valor, jamás podrá ser desplazado y jamás podrá desaparecer, porque somos fervientes creyentes de que aquí en esta tierra sus mujeres siempre han parido hombres que aman la libertad, honesta y decentemente. Los que por algún instante, enloquecidos de poder o dando cumplimiento a resentimientos que llevan en sus entrañas o en sus huesos —porque no pudieron ser lo que quisieron o porque no tuvieron la posibilidad de ubicarse y en determinadas circunstancias se dieron cuenta de que eran algo muy sin valor— pretendieron superar todas esas carencias sustentando posiciones que jamás pudieron, por sus méritos, alcanzar, no podrán acallar las voces de los hombres libres de este país ni de aquellas personas que, ejerciendo legítimo mandato, tienen la representación de miles de ciudadanos libres, porque en ese mismo momento van a surgir a montones hombres dispuestos a jugarse todos sus elementos en cualquier terreno.

Nosotros decimos qué lo que ocurre es que hay miedo: hay un miedo atroz, un miedo cerval a lo que representa la libertad, las instituciones, la opinión de la gente, a que cada uno naturalmente reclame sus derechos, los quiera ejercer, formule sus peticiones; porque no hay inteligencia, no hay capacidad, no hay dignidad para comprender todo lo que significan estos valores tan fundamentales del individuo. Junto a ese miedo debemos

decir que hay también una falta absoluta de moral. Se lanzaron estrepitosamente en una campaña que se dijo era para combatir la sedición en el país y se han convertido ellos en subversivos. Pero, además, se han convertido en subversivos sin tener siquiera la dignidad de alcanzar la definición y luchar por cosas claras, aunque sean equivocadas. Se lanzan a dar estos pasos llenos de complicidades y rodeados de cómplices que muestran unas figuras totalmente sucias de inmoralidad.

Decimos que vamos a continuar en la lucha. El hecho de que tengamos que abandonar estas bancas, no significa que vayamos a abandonar la lucha. Vamos a seguir en ella posiblemente con otras resonancias, con otras posibilidades, con otros alcances; y también —deseamos que sea así— con otros peligros y con otros destinos aún más sombríos que éste.

Cuando decimos todo esto sentimos una profunda emoción. Hablamos en estas especiales circunstancias, en momentos cargados de tragedia para el país, en el mismo lugar físico en que estuvo Luis Alberto de Herrera pronunciando su discurso el 21 de febrero de 1942. Y recordamos su frase final, que fue la última que pronunciara como legislador. Si a nosotros también nos toca decir nuestra última palabra como legislador, queremos recordarla y repetirlas; queremos decir que preferimos mil veces —como afirmó Herrera— hundirnos con esta banca en este piso antes que poner nuestra firma o prestar nuestra colaboración a esto que se está haciendo. Y si en este nuestro Partido Nacional que vio hombres de la estructura y de la talla de Luis Alberto de Herrera, hay algunos que —malditos— puedan acompañar esto que se lanza sobre el país, les decimos que miles de sombras de hombres del Partido Nacional muertos por la libertad van a confluír sobre ellos para convertirlos en fantasmas sin alma que pulularán físicamente sobre la tierra pero que no tendrán espíritu ni corazón que los pueda alcanzar a definir como persona.

¡Muy bien! (Aplausos en la Barra.)

SEÑOR RODRIGUEZ. — ¿Me permite, señor Presidente?

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR RODRIGUEZ. — Señor Presidente: yo suscribo las palabras pronunciadas por distintos oradores en los aspectos que comparto desde el punto de vista de la comprensión que tengo de su ideología y de su enfoque de los fenómenos tan graves que estamos viviendo.

Por supuesto que comparto íntegramente el discurso pronunciado por nuestro compañero del Frente Amplio, el señor senador Rodríguez Camusso. Es evidente que el enfoque que nosotros, como integrantes de un sector del Frente Amplio, podemos realizar de los acontecimientos que hoy vivimos, no pueden ser enjuiciados como un tema que nos sorprenda o nos deje sin aliento, como si no hubiera estado presente en las condicionantes que se iban dando en el país.

Suena ridículo que, según se anuncia en el decreto que pasará a la historia de la ignominia y seguramente, también, de la ignorancia de los acontecimientos de hoy día en nuestro país, se diga que estas medidas se basarían en una pretendida omisión del Parlamento de no se sabe qué deberes de genuflexión frente al Poder Ejecutivo, porque a éste se le había ocurrido que determinados legisladores debían ser despojados de sus fueros.

No es casual, en esta reunión, que más allá de la importancia histórica que pueda tener, es simplemente una expresión de lo que cada sector siente en el momento en que se comete un crimen contra la democracia, contra los derechos individuales, contra el modo de vida, de los cuales algunos tantos se vanagloriaron, no es casual, digo, que en esta reunión no estén los señores representantes que prohibieron el reeleccionismo inconstitucional, golpista en su contenido, en la última campaña electoral. No es casualidad, tampoco, que no estén

aquí los que trajeron a este delfín puesto por Pacheco Areco; me refiero a este señor que no se sabe si es blanco o colorado o rabanito, el señor Bordaberry, delfín puesto, como dije, para que le cuidara el asiento hasta 1976 al señor Pacheco Areco, el primer violador de la Constitución de la República en los últimos 5 años.

No es por casualidad —y ha hecho muy bien en recordarlo el señor senador Zabalza— que este siniestro personaje, este obeso político, el señor Gari, padre de la mayoría de las tropelías cometidas en este periodo, junto con Peirano Facio, que ahora no juega tanto pero que jugó en el periodo anterior, pueda ser la expresión de esto que, en definitiva, terminará por ser un golpe duro contra las instituciones, un golpe de Estado neto contra la democracia en nuestro país.

Por supuesto que si estos señores algún día quisieran mostrar en serio, si es que se les pudiera tomar en serio, que este Parlamento, con todas sus omisiones, con todos sus defectos, con todas sus carencias, con todo lo que nosotros mismos le hemos criticado a través de una larga vida parlamentaria, es el responsable de la tragedia que vive el país, de la inestabilidad política, del surgimiento de la sedición o de la guerrilla urbana, de la falta de cumplimiento de planes, más o menos, para tomar en serio lo que haga este gobierno y lo que hizo el anterior, nunca lo podrán demostrar.

La vida para unos y para otros, para los que tenemos un enfoque claro y nítido desde que hemos venido a la vida política, conscientes de que la base material de la sociedad, en definitiva, es la que determina las estructuras y las superestructuras jurídicas —aún para los que no piensen como nosotros, desde un punto de vista rigidamente marxista— la vida, digo, así como la penuria, el deterioro, el desequilibrio del país, la entrega del país al extranjero, el sometimiento, un año tras otro, a las finanzas de los pulpos internacionales concentrados muy lejos de aquí, les ha ido demostrando (lo hemos ido reconociendo unos primeros y otros después, pero en definitiva todos, y esto es lo que importa para el país) que lo que ha hundido al país no son las carencias del Parlamento, que las tiene, sino la prepotencia, la avaricia y el afán de dominio económico de grupos oligárquicos que han ordeñado al país y que pretenden seguir haciéndolo como una pacífica vaca lechera al servicio de sus intereses, de los malos europeos y de los peores americanos de hoy, de los que viven aquí sangrando al país y de los que lo hacen sirviendo a potencias imperialistas extranjeras e intereses monopolistas extranjeros.

Aquí se ha traído a colación el tema de la democracia. Nosotros tenemos posiciones muy claras que a veces hemos tenido que defender en polémicas, con los que hoy han cantado estos himnos emocionados y emotivos, y que por serio, nada más que por eso, merecen todo nuestro respeto. Hemos hablado de las carencias de esta democracia. Hemos dicho que el sepulturero de esta democracia era, justamente, alguien que no tenía la estatura suficiente como para abordar los temas económicos. No puede haber una democracia real sin una democracia auténtica en la faz económica. Eso significa, querámoslo o no, una distribución racional de la riqueza, que debe comenzar por la destrucción física del latifundio retardatario en manos de las mayorías del país y de una pequeña minoría de latifundistas y grandes banqueros.

Pero éste no es el tema que está en discusión; será tema permanente para otras instancias. La vida se encargará de demostrar tal como son las cosas por la forma en que están planteadas.

Nosotros decimos que lo que ocurre es que hay miedo: va frente a lo que son las libertades democráticas. Hemos criticado sus carencias. También hemos realizado un apoyo crítico a lo que nosotros denominamos en nuestra jerga científica, la democracia burguesa. Hemos defendido con ahínco, como nadie, las libertades democráticas estampadas en esta Constitución, que refleja a una República burguesa como la nuestra. Hemos defendido la libertad del Parlamento y su derecho a opinar. Hemos defendido el derecho de las minorías a interpelar; hemos defendido la libertad sindical, el derecho de huelga y

todos los que están estampados en la Constitución, que una y mil veces han sido violados por los hombres de las clases burguesas dominantes, cuando peligraban sus intereses, o cuando querían hacer cargarle peso de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores.

Además, eso no lo hemos hecho sólo con discursos en el Parlamento. Las calles de este país están regadas con sangre de obreros, de estudiantes, de compañeros de nuestro Partido, de hombres de los Partidos de izquierda, así como también de hombres de los Partidos tradicionales, que han perdido grandes figuras y hombres anónimos en la lucha por la defensa de las libertades,

Aquí se ha evocado la figura de Brum. Yo también citaré la figura de Grauert que cayó martirizado y asesinado por una dictadura feroz en 1933. Aquí se han dado vivas al Partido Nacional y se han citado nombres de hombres preclaros de ese mismo Partido. Por supuesto que nosotros creemos que todo lo que en nuestro país se integra en las auténticas tradiciones de lucha contra las tiranías, por la libertad, por la democracia, la dignidad nacional, es evidente que cada vez más tiene que ser patrimonio de todos los buenos orientales porque de lo contrario los malos se apoderarán, en una noche aciaga como la de hoy, de las palancas del poder, incluso en nombre de la democracia, incluso en nombre del orden y, aún, —no le faltarán agallas— de los intereses populares. Tampoco les faltarán deseos de halagar a tales o cuales sectores con medidas demagógicas. Pero estén seguros de que en este país, mientras exista como existe una clase trabajadora consciente, unida, digna, que nunca se ha subido al carro de nadie, que ha reclamado sus derechos, que ha hecho un apoyo crítico a quien se ha portado bien y a hecho una crítica dura a quien se ha portado mal, que ha apoyado todas las causas justas, tanto en el terreno internacional, desde la República Española hasta las guerras del Vietnam, como en el terreno nacional, por la lucha de las libertades auténticas y contra todo tipo de dictadura, esa clase obrera unida, base de sustentación fundamental del movimiento político que nosotros representamos, junto a hombres que vienen de las vertientes blancas, coloradas y demócratas cristianas, que nos hemos unido creyendo que hay que buscar nuevas alternativas para la vida del país, decimos que esto no se confronta con los que apelan a las tradiciones blancas o batllistas, para dar un grito de viva la libertad, para dar un grito contra la tiranía. En este momento podemos y debemos unirnos todos en este problema fundamental, pero debemos decir que las causas fundamentales del deterioro que ha llevado a esta noche aciaga, es que se ha liquidado la base de sustentación de una auténtica democracia, lo que ha permitido pulular a los elementos gansters de la política, como lo fue, en su momento, el señor Pacheco Areco, o los delfines puestos a dedo, como el señor Bordaberry en el momento actual.

Cuando otros tiemblen, cuando otros duden, cuando otros se entreveren en las alternativas tan aciagas que nos tocará vivir en el futuro, nadie tenga dudas de que donde esté la clase obrera, donde estén los representantes de esa clase, donde estén los representantes de las clases revolucionarias que se han unido para salvar al país definitivamente de las garras del imperialismo y del latifundio, esas fuerzas no fallarán y siempre estarán ocupando su lugar.

Quien pretende hacer lo más, más fácilmente puede hacer lo menos. Esto no es suficiencia, esto no es fanfarronería, esto es conciencia de nuestro deber histórico. Nadie sabe lo que puede esperarnos cuando salgamos del Parlamento y ya no tengamos inmunidades parlamentarias que, por otra parte, nunca nos han ocupado demasiado. Nos preocupa el hecho de que se ha vulnerado la democracia en uno de sus instrumentos esenciales en el régimen en que vivimos. Nos interesa que se ha pretendido dar un golpe a esto que, en definitiva, es una tribuna contra la oligarquía, contra la opresión y contra los desmanes de todos los prepotentes sean quienes sean ellos.

Después de esta jornada aciaga, en la calle, en la dura lucha, en las confrontaciones, en la sangre que seguramente verterán los que han llevado al país a esta

encrucijada, más allá de todo esto, surgirá un pueblo que como aquí se ha dicho, no ha nacido para ser esclavo y, en el centro de ese pueblo — que nadie lo dude, que nadie tenga un asomo de duda — estarán las fuerzas que componen el núcleo político que nosotros representamos y dentro de él estará, (lo digo con orgullo) con la bandera desplegada en su forma más alta y gallarda, la clase trabajadora del Uruguay que nunca ha fallado a las causas populares y que no fallará ahora.

SEÑOR VAZ. — ¿Me permite, señor Presidente?

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR VAZ. — Señor Presidente: esta noche en que se ciernen sobre la República sombras que no sabemos qué permanencias pueden tener, nosotros podemos decir que hablamos con una profunda y serena tranquilidad de conciencia. En primer lugar, porque nos vamos de este recinto luego de haber trabajado intensamente con compañeros políticos y adversarios políticos honrados, limpios, hombres que, en su mayoría, carentes de bienes, han venido aquí a volcar sus esfuerzos en defensa de los intereses del país, renunciando a beneficios de otro tipo, hombres que han dejado su profesión en la cual mucho podían haber obtenido.

Nos vamos, pues, con la absoluta tranquilidad de haber cumplido con nuestro deber; de haber servido a los destinos de la República y de haber estado siempre en pie de guerra en defensa de la libertad, pero, además, nos vamos con otra tranquilidad de conciencia, con la tranquilidad de haber contribuido, en la medida personal de nuestra fuerza, a procurar la paz, la concordia y el entendimiento en este enfrentamiento que, desde sus comienzos, demostró que había una inexorabilidad en los sucesos. Pese a ello, en muchas instancias que vivió este Parlamento, personalmente procuramos, a través del tono de nuestros discursos en Sala, muchas veces contrayendo la frase, evitando los términos excesivos, limando las asperezas, llegar a un diálogo concreto directo con quienes injustamente nos hacían acusaciones que nosotros no consideramos valederas.

Todos estos esfuerzos, bueno es destacarlo, resultaron frustrados durante los últimos episodios, — el Presidente de la Asamblea General es testigo porque conmigo convivió durante 12 horas todo el proceso de conversaciones — cuando tratamos de crear un clima de concordia, de paz y de soluciones positivas.

Nos vamos, pues, plena e íntegramente tranquilos de haber cumplido con nuestro deber; pero en momentos en que se ciernen sobre la República estas sombras, en momentos en que parece que la libertad entra en su período de vacaciones, deben saber todos que nuestra conducta y la del Partido Nacional es distinta. Decía Glastone que la libertad es como el aire, sólo se aprecia su valor en el momento en que se pierde: Ya sentirán los mismos que hoy pretenden aniquillarnos, ya sentirán en carne propia qué significa la pérdida de la libertad, ya tendrán que advertir que el único recurso que queda frente a quienes quieren ahogar la libertad es el derecho al alzamiento. No podrán impedirlo. No podrán impedirlo jamás, y en esa lucha, el Partido Nacional estará de pie cumpliendo con un mandato de la historia. Tiene demasiada sangre derramada, y tengan la seguridad de que muchos, a la altura de la vida en que estamos, ya pensamos que no hemos nacido para semilla, y si las contingencias llevan a que los enfrentamientos se vayan endureciendo, así tendrá que ser. Los hechos son los hechos. Quiénes han precipitado, precipitan o quienes precipitarán, — porque todavía no tenemos claras las definiciones —, sobre la República, horas sombrías, tendrán que asumir, frente a la historia, la responsabilidad del enfrentamiento que desde todos los ángulos, desde todos los puntos encontrarán, sin duda alguna, el legítimo derecho a la resistencia.

El Partido Nacional cumplirá con su mandato histórico. Es su deber, para responder al mandato de la historia y para defender los sagrados destinos de la República.

SEÑOR PLA RODRIGUEZ. — ¿Me permite, señor Presidente?

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador.

SEÑOR PLA RODRIGUEZ. — Señor Presidente: asistimos con dolor y con emoción a una reunión que puede ser la última del Parlamento. Este dolor y esta emoción nos viene del hecho de que esta clausura del Parlamento es el ataque más fuerte, más injusto y más irreparable a las instituciones. Y es el ataque más fuerte, más injusto y más irreparable al pueblo mismo. Es un ataque a las instituciones en cuanto el Parlamento representa, desde luego, la caja de resonancia del pueblo y, sobre todo, la vigencia efectiva del orden jurídico que él crea y cuya existencia vigila. A través de la acción del Parlamento rigen y tienen efectiva vigencia derechos que pueden estar en textos escritos. No deja de tener un cierto simbolismo, — augusto simbolismo, diría yo — el hecho de que el último día de actuación de este Parlamento, el Senado se haya ocupado nada menos que de defender los derechos humanos agraviados por las torturas. Y este Parlamento, más allá de los inconvenientes, de las carencias o de los defectos que haya podido tener, se redime con esta posibilidad, con la de la expresión en libertad y con la de la vigilancia de la efectividad de los derechos.

Por eso pienso que la caída de las instituciones — y no otra cosa es la caída del Parlamento — significa el descaecimiento del orden jurídico y a través de ello el de los derechos fundamentales de la persona humana que tiene que ser motivo central de toda nuestra lucha y nuestra preocupación política.

También, con la caída del Parlamento cae la libertad y la lucha del pueblo, porque el Parlamento no es otra cosa que la conjunción de representantes del pueblo que aquí tiene sus canales normales y naturales de expresión. Y el día que no haya Parlamento el pueblo no va a tener las posibilidades normales, naturales, fáciles, casi podríamos decir, cotidianas de expresión.

Esto no quiere decir que el pueblo vaya a abandonar su lucha; pero, el ataque contra el Parlamento es un ataque contra el pueblo. Este, seguirá luchando. Tendrá que buscar nuevos cauces y nueva expresión y, seguramente, a través de su organización, de su militancia, de su lucha permanente, tratará de reconquistar estas instituciones que esta noche puede perder para siempre.

Aquí, desde estas bancas, se han evocado varios nombres. Todos con emoción hemos escuchado todos esos nombres con respeto.

Los señores senadores me permitirán que yo también evoque dos nombres. Uno pertenece al pasado de nuestra corriente política y el otro, yo diría que es del presente.

Durante toda esta sesión, no me he podido sacar de la cabeza la figura de Dardo Regules...

SEÑOR HIERRO GAMBARDILLA. — ¡Muy bien!

SEÑOR PLA RODRIGUEZ. — ... hombre de libertad, que creyó en ella, que defendió las instituciones y que se jugó por ellas. No tuvo quizás, los ribetes dramáticos de los mártires pero tuvo la vigencia efectiva, la militancia permanente del soldado activo y convencido de la democracia.

A ese hombre, yo le rindo tributo porque pienso en la elocuencia que utilizaría para defender, esta noche, desde estas bancas, las instituciones democráticas.

También quiero evocar otro nombre, del presente. Un nombre anónimo, el de la juventud de mi partido, que es el gran tesoro de nuestra colectividad política. Esa juventud anónima se ha entregado a luchar por sus ideales, y ha luchado confiada en el pueblo, y en que la posibilidad de su militancia pueda traer hacia su país nuevas horas de justicia y de libertad.

A esa juventud, yo le rindo homenaje, porque en la hora de hoy no me interesan los triunfadores efimeros de esta noche.

(Apoyados.)

—Me preocupan los triunfadores del futuro y yo veo en la lucha de esa juventud consciente que hoy sufre la amargura de una derrota, la gran venganza histórica de esta noche, porque será ella, junto con la de todos los partidos, el artífice del nuevo Uruguay que sabemos que está hecho para la libertad y para la democracia.

(Aplausos.)

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador Jaso Anchorena.

SEÑOR JASO ANCHORENA. — Señor Presidente: es de sobra conocida la posición de nuestro sector, expresada por el señor senador Washington Beltrán, en cada oportunidad que ha tenido el honor de hacer uso de la palabra en defensa de las instituciones y de las libertades públicas.

Hace muy pocas horas hemos prestado juramento incorporándonos a este Alto Cuerpo y hemos prometido defender la Constitución y la ley.

Pocas horas han pasado pero no por pocas menos duras y dolorosas. En estos momentos, liberados del Reglamento y de todo protocolo, sólo queremos reiterar el juramento de defender las instituciones porque, en definitiva, no hemos sido ungidos, por la ciudadanía popular, para otra cosa que no sea para la defensa y el servicio de las instituciones.

Nada más.

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador Mederos.

SEÑOR MEDEROS. — Señor Presidente: no me iría tranquilo esta noche, de este recinto republicano, donde me he sentido inmensamente honrado en la representación de mi partido, que me permitió llegar a él para trabajar por los grandes intereses de la República, si no dijera lo que pienso.

Creo, señor Presidente, que en la medida de mis posibilidades físicas e intelectuales, he puesto todo lo que de mí tenía y tengo, para responder a la confianza de mis conciudadanos e, inclusive, de mis mayores que sirvieron con honor en este partido. Algunos de mis antepasados, señor Presidente, quedó una mañana sombría, sobre el césped verde de Arbolito.

No sería digno de ese antepasado mío si no estuviera hoy aquí como representante del pueblo en este Alto Cuerpo que integro.

Los representantes que aquí estamos, frente a los que atropellan las instituciones y hacen agonizar la vida jurídica de la República, podemos decirles que a nosotros no nos amedrentan, que hemos sido y somos dignos republicanos y dignos representantes del glorioso Partido Nacional.

No me retiraría tranquilo si no dijera estas humildes palabras postreras de lo que, posiblemente, es un capítulo final de esta gloriosa y digna institución republicana.

Quiero que mañana, como muy bien decía el señor senador Ortiz, mis hijos tengan conciencia de que su padre supo cumplir, a lo largo de todo este lapso en que se ha venido atropellando a las instituciones y que hemos estado siempre integrando la mayoría de nuestro Partido sin ninguna flaqueza e integrando, también, esa multinacional corriente —diría yo— popular que se compone con representantes de todos los Partidos y que reclama, de sus dirigentes, las soluciones a su situación afligente y que los grandes responsables del Poder Eje-

cutivo no han sido capaces de proporcionarlas ni lo serán, porque sin libertad, sin un Parlamento libre ejerciendo sus potestades no podrá concebirse lo que el pueblo necesita para lograr su buena venturanza.

Posiblemente, señor Presidente, para mí sea ésta la última oportunidad que tengo de hablar en este Parlamento libre y decir, como última expresión: ¡Viva la República!

(Aplausos.)

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador Costanzo.

SEÑOR COSTANZO. — Señor Presidente: ya el señor senador Hierro Gambardella ha fijado la posición de nuestro sector en esta dramática situación. Pero no quedaría conforme conmigo mismo si no dejara mi posición claramente dicha en el Senado y ante la Historia y mis amigos.

Lo haré, como siempre, muy brevemente.

Hace muchos años, señor Presidente, que frente a la Bandera Nacional juré, con sacrificio de nuestra propia vida, si fuera necesario, defender la Constitución y las leyes. No vamos a ser, a esta altura de nuestra vida, quienes violemos ese juramento.

Tengo la absoluta seguridad que una columna incontenible, tarde o temprano, de hombres libres, pisará fuerte el terruño patrio para recuperar las libertades perdidas y no seremos los últimos en engrosar esa columna y estará presente en nuestro pensamiento, en nuestra alma y en nuestro corazón, el recuerdo de que todo tirano tiembla y enmudece al marchar majestuoso de los hombres libres.

(¡Muy bien. Muy bien!)

(Aplausos.)

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Tiene la palabra el señor senador Grauert.

SEÑOR GRAUERT. — Muy breves palabras, señor Presidente, para dejar constancia de mi solidaridad con las expresiones que se han pronunciado esta noche en que se comete la barbarie de atentar contra la democracia y contra la República.

Es muy triste, para mí, al cumplir, hace pocos meses, cincuenta años de actividad en la vida pública, tenerme que retirar con esta vergüenza, con esta emponzoñada vergüenza de ver a nuestra República frente a los actos que se están cometiendo en la noche de hoy.

Expreso mi solidaridad con los conceptos vertidos por los compañeros del sector de la Lista 15 y con todo lo que se ha dicho hoy aquí.

Yo también tengo sangre derramada en la historia de este país y también ofrezco la mía, como holocausto, si fuera necesario, para redimir la libertad de la República.

(¡Muy bien. Muy bien!)

(Aplausos.)

SEÑOR PRESIDENTE (Paz Aguirre). — Solicito la autorización del Cuerpo para decir unas pocas palabras desde la Presidencia del Senado.

(Apoyados.)

Me toca el honor de presidir esta sesión de un Parlamento libre que funda su existencia en la legítima voluntad popular. La arbitrariedad de la fuerza podrá poner fin a nuestras deliberaciones; podrá cortar el ejercicio de un mandato originado en las urnas; podrá suplantar la ley y la Constitución por el desatinado me-

slanismo de quienes, desoyendo la más noble tradición de la República empiezan una aventura que en todas partes ha epilogado con una carga de dolor y de profundas heridas nacionales pero que siempre ha cedido, como recordaba el señor senador Costanzo, ante el pensamiento del prócer de que nada puede detener el paso arrollador de los pueblos libres.

Tengo conciencia de que esta es una sesión histórica y muchos la recordarán en el transcurso de las horas oscuras que agobian a la Nación. Todo el pueblo uruguayo la recordará cuando este Parlamento por sobre las efímeras sombras de los golpistas reabra sus puertas, como sin duda alguna lo hará, para dar paso a los diputados y senadores, nosotros u otros, que retomen con la bandera indoblegable de la libertad, la expresión de un pueblo que es único e intransferible dueño de su destino.

De confirmarse el atentado que se anuncia, no sé por cuanto tiempo las voces serán silenciadas. Sé que volverán, más tarde o más temprano a hacerse oír, porque son la expresión de un pueblo que es y seguirá siendo libre y digno para el inevitable reencuentro con la defensa del derecho.

Finalmente, un recuerdo de carácter personal.

Soy hijo de un ciudadano batllista que defendió con convicción sus ideales democráticos en todos los instantes de su vida. Viví muchos años de la mía junto a un gran hombre, Luis Batlle Berres, que luchó con ardor por la libertad y la democracia e integró un Partido, el

Colorado Batllismo y un país al que no podrán arrebatarse jamás la libertad.

(¡Muy bien, Muy bien!)

(Aplausos.)

5

—Queda terminado el acto.

(Así se hace a la hora 1 y 40 minutos del día 27 de junio, presidiendo el señor senador Paz Aguirre, y con la asistencia de los señores senadores Costanzo, Granert, Hierro Gambardella, Jaso Anchorena, Mederos, Ortiz, Pía Rodríguez, Rodríguez Camusso, Rodríguez, Santoro, Vasconcellos, Vaz y Zabalza.)

Dn. EDUARDO PAZ AGUIRRE
1er. Vicepresidente

Dn. Mario Farachio
Secretario

Dr. Manuel María de la Bandera
Prosecretario

Dn. MARIO ORREGO BARRIOS
Director del Cuerpo de Taquígrafos

INDICE DE NUMERALES

<u>Numeral</u>	<u>Página</u>
1	285
2	286
3	286
4	286
5	293